

NO HAY SALIDA

Sólo nosotros quedamos de tantos como éramos, Melchor, si es que me dejas nombrarte. Bien sé que he renegado de ti y que en tu nombre he blasfemado con pesados juramentos porque, sin tú quererlo, me estás amargando las horas finales.

La tarde se apagó de golpe y la noche se ilumina con el resplandor del fuego. Se alza una columna de humo negro y encrespado que se diluye en la negrura y se lleva el último resquicio de salvación. Ya no quedan escondrijos donde ocultarse, ni hay marcha atrás en esta carrera alocada hacia el fin ni, aunque hubiéramos recuperado el barco cuyas llamas alumbran el cielo, quedaría puerto que nos recibiera ni tierra cristiana donde morar sino estas islas de salvajes en los confines del océano. Hemos mancillado todo principio y violado cualquier ley, humana o divina, cometiendo excesos para los que no existen nombres. Nos hemos degradado en la escala de la creación hasta más abajo que los gusanos de la podredumbre y no subsiste en nosotros un ápice de humanidad en donde reconocernos. Juntos hemos abierto un camino de sangre y cruzado la frontera donde los hombres se transforman en bestias.

Y yo ya estoy cansado, Melchor, cansado de correr y de luchar, acorralado en esta cueva infecta. Nada resta sino esperar la primera claridad del alba para morir.

Ha sido una huída larga y desesperada que nos ha devuelto casi al punto de partida. Cuán difícil de recorrer la geografía comprimida de la isla, marcada por las sierras escabrosas que bajan del volcán y se suceden una tras otra con acantilados a pique, barrancos imponentes y laderas cubiertas de cantos oscuros y redondos que agotan los pies y rompen los tobillos. La hemos atravesado palmo a palmo, salvando junglas malsanas y bosques fríos, hundiéndonos en las ciénagas y despeñándonos por hondonadas insalvables, y ahora estamos refugiados en el último rincón del cabo norte, cabo de la Esperanza como lo bautizamos, con ese humor negro que nunca nos ha faltado, porque desde aquí fue que avistamos el bergantín que creíamos hundido. Estaba fondeado en la bahía, con los pingajos descarnados de Krueger y otros cuatro infelices colgando aún de sus vergas.

Krueger, el hereje, el mismo que estranguló con un cordel a Gamboa y puso su brazo a mi servicio sin pestañear, el corpulento filisteo, valeroso en el combate pero indolente con las responsabilidades, que se dejó abordar por los salvajes como un marinero bisoño. En todo caso no debo censurarlo ni levantar calumnia sobre él ya que pagó su negligencia con la vida. ¿No recuerdas sus gritos mientras trepábamos la ladera del promontorio, huyendo de la aldea y de los salvajes pintarrajeados como esperpentos? Nos hicieron retroceder por la fuerza de su número y por la fiereza repentina, escabulléndonos a través de la playa hasta el arranque del cortado, y fue escalando por aquellas peñas escarpadas cuando oímos los gritos y reniegos de los guardianes del barco, es cierto que algo deshilachados por la brisa contraria y la distancia, Melchor, pero aún así audibles en su calidad de despavoridos. Los mataron a todos, pero el bergantín lo dejaron intacto, quién sabe si con el propósito de aprender su manejo y ser los nuevos dioses de estos mares, o infundidos por lo sobrenatural de una obra que no pueden entender ni mucho menos repetir, o quizá con la astuta intención de tentar nuestra codicia y hacernos regresar hasta

aquí, como finalmente así ha sido.

¿Sabrán del botín que guardamos en su bodega, de las riquezas rapazmente atesoradas? Sea como fuere, no tiene importancia ya, cuando sus maderas se convierten en pavesas. En la playa que guarda la ensenada tienen organizado su aquelarre, ahítos de licor y sangre, danzando como diablos. Escucha sus cantos de victoria, Melchor, festejan el fin de la nave y, sobre todo, se congratulan con que mañana vendrán a buscarnos.

Pero más vale no preocuparse por ello, que tiempo habrá de enfrentar lo inevitable, y será mejor dedicar estas horas de vigilia a pensar en otros asuntos y en recordar el pasado, ese pasado remoto en el que yo era un oficial educado y sensible, cartógrafo de la Real Armada de Su Majestad, un espíritu inquieto preocupado por el conocimiento, con lazos, con afectos y con dignidad. ¿Qué ha sido de los caballeros que se rebelaron contra la arbitrariedad y el despotismo? ¿En qué hemos quedado los marinos que capturamos la Santa Sofía y decidimos volver a Filipinas para dar cuenta e informe de las infamias del almirante Gamboa? ¿Cuándo perdimos el norte, en qué punto extraviarnos el rumbo? Dímelo tú, Melchor, mi último compañero.

Desertamos de la flota en las islas del Espíritu Santo, que fue donde el Almirante hizo apresar al capitán Sánchez de León para imponer a su hermano Yago al frente del bergantín. Las cadenas del capitán fueron la indignidad que colmó el vaso de nuestra paciencia de hombres de honor. Habíamos soportado con dificultad numerosos agravios e insolencias, sujetos nuestros bríos por el propio Sánchez de León: nada dijimos cuando el Almirante hizo prender y trasladar a otro barco al sargento Peralta para amancebarse con su mujer, mordimos nuestras lenguas cuando racionó el agua en los cuatro navíos de la flota para que su barragana se bañase cada día, nada hicimos cuando acusó de traición al piloto mayor y lo pasó por la quilla de la nave almiranta, ni cuando pusimos rumbo al sur olvidándonos de cartografiar las grandes islas de poniente, como era nuestra misión. Pero agotó nuestra lealtad al prender al capitán y, juramentándonos oficiales y maestros, nos hicimos con el control de la Santa Sofía y lo liberamos para restituirlo en su cargo.

Mas Sánchez de León no resultó ser el hombre digno por quien todos lo habíamos tomado, sino un aristócrata engreído y orgulloso, fiel a su casta antes que justo. No estuvo a la altura de las circunstancias ni quiso aceptar nuestro sacrificio. Hipócrita, esperó hasta haber sido liberado de sus cadenas, hasta llegar a la todilla de popa, frente a la completa tripulación, para lanzarnos a las barbas su desprecio y señalarnos como traidores: “antes soporto a veinte Gamboas, dijo, que hacer motín contra el Rey mi señor”. Y aún tuvo redaños para pedir nuestras cabezas. ¿Por qué no se habría callado? ¿Por qué no supo entender que cuando las cartas están dadas no queda sino continuar la partida?

Ya no importa quién mató al capitán De León rebanándole el pescuezo de una cuchillada para acallar su ingratitude: quien lo hiciera fue debidamente castigado, pero aquella primera sangre que manchó nuestras manos nos trastornó a todos y nos condujo por un camino desatinado. Borrachos de ron y de justicia matamos a Yago de Gamboa, el hermano del almirante, y también a Matías Carrasco, su brigadier, y a todos los que le eran leales, a los tibios e incluso a algunos que nada debían. Y después, temerosos de recalar en las Filipinas y ser prendidos y ajusticiados, descartado el propósito inicial de nuestra sedición, afloraron las diferencias y la frágil hermandad que nos había unido se hizo humo. No había acuerdo sobre qué hacer ni adónde ir, sobre quién debería capitanearnos y cómo elegirlo.

Surgieron los bandos y se dividieron las lealtades. La desconfianza y la anarquía se adueñaron de la nave y la Santa Sofía se convirtió en un campo de batalla donde cada taifa atacó con violencia a las demás. A pique estuvimos de malograr el bergantín e irnos todos al infierno, hasta que Barroso y yo, y también tú, Melchor, no creas que te olvido,

y otros muchos que no vienen al cuento, unimos nuestras fuerzas, derrotamos a los demás y nos hicimos con el control del bergantín. Fue una victoria pírrica la que obtuvimos, envuelta en sangre y marcada por la crueldad de las ejecuciones. No importa qué pretendía cada bando, porque al final no hubo diferencias entre nosotros, sino el solo deseo de victoria y la necesidad de salvar la vida. Ningún honor sobrevivió a la batalla, ningún buen propósito, ninguna decencia.

Desde entonces ya no hubo vuelta atrás en esta loca carrera sin retorno. Todo fue una orgía de pillaje y desolación en busca de riquezas. Isla por isla, aldea por aldea, recogimos cuanto oro, perla u objeto de valor nos pareció, abordamos catamaranes, juncos y falúas, secuestramos cuanto mujer nos apeteció y matamos a todo aquel que nos plugo. ¿Qué atropello no habremos consumado? ¿Qué injusticias nos quedarán por ejecutar, qué pecados por cometer? Si tuviera ánimos y algo más de fe, fabricaría una cruz en lugar de estar perdiendo el tiempo contigo en vanas palabras, Melchor, y me arrodillaría ante ella para arrepentirme de mis pecados e implorar misericordia, pero sé que no habrá perdón para mí en este mundo ni en el otro.

Vagamos por estas aguas como bancada de tiburones, sin rumbo fijo ni afán ni otro destino que no fuera entregarnos a la rapacería y huir de las naves y puertos del Rey, hasta que encontramos esta isla lejana y perdida, verde y montañosa, llena de ríos y animales y habitada por primitivos aborígenes, brutos ingenuos, y quisimos fundar en ella un reino propio, un nuevo Edén donde asentarnos y vivir.

Nos establecimos en la ensenada grande, entre la playa y la jungla, y al principio nos fue bien. Los indígenas se alegraron de nuestra llegada y nos recibieron con abrazos y sonrisas, el propio jefe Vanuatu al frente, con su corona de plumas blancas y toda la corte a su alrededor. Intercambiamos presentes y les llenamos los ojos con espejuelos y cuentas de vidrio. Limpiamos el terreno y construimos un poblado, y hasta nos ayudaron a levantar la palizada defensiva, riéndose como si fuera divertido y pelándose como niños por coger las barras y piochas de metal para hacer los hoyos de los postes. Nos ofrecían manjares de los suyos, cocinados en hornos en la tierra, y nos visitaban sus doncellas dispuestas a recibir nuestra semilla extranjera.

Pero las buenas voluntades se olvidan deprisa y, así como la cabra tira al monte, no tardamos nosotros en emplear el yerro y el fuego en el trato con los indígenas. No conformes con la mano que nos ofrecían, les tomamos el brazo. Los echamos de sus casas, les quitamos a sus mujeres, nos hartamos su comida, despreciamos sus costumbres y los despojamos de la vida a nuestro antojo. También les quitamos el oro que portaban, que no era mucho, traído a saber de qué lejanías, y las perlas, que en esta isla no son tan abundantes, pero las hay si se las busca. Les exigimos un riguroso vasallaje y a mandobles los obligamos a bucear y sacarlas de las profundidades.

Despreciábamos sus afanes y nos regocijábamos con sus sacrificios, y si alguno se resistía o intentaba rebelarse, lo azotábamos con el chirrión hasta desollarle las carnes y convertirlas en pulpa. Envalentonados por su pasividad y su aprensión, matamos con largueza, sin hacer distingos entre hombres y mujeres, jefes o vasallos. Con tales abusos y vilezas perdimos el respeto y estima que todo hombre se debe a sí mismo. Ya no había honra que guardar, hidalguía que mantener ni alma que redimir, ya no hubo diferencia entre nosotros y las alimañas del bosque.

Sin embargo, todas las medidas se colman, por amplias que sean, y nosotros llenamos la suya al igual que el almirante Gamboa había hartado la nuestra. El primogénito del jefe Vanuatu se había negado a entregarnos el tributo impuesto y quisimos dar con él escarmiento público. Fue juzgado en un remedo de proceso y sentenciado a morir en el cepo. Cinco días estuvo en la plazuela de la aldea con las manos y los pies aprisionados,

embadurnado el cuerpo con heces y con orina y expuesto a los vergajazos de cualquiera de los nuestros. Tres veces llegó su padre a suplicar clemencia y tres veces fue rechazado, hasta que el rebelde murió reseco y desangrado, comido de las aves carroñeras, que no faltan en tierra alguna, y mordido de los perros. Yo vi el odio contenido en la mirada del jefe Vanuatu mientras retiraba los restos del condenado, vi la furia que contrajo sus facciones arrugadas y me reí de ella en su presencia, sin entender el calibre del fuego que ardía detrás.

Y aunque lo hubiera sabido, nada habríamos hecho, porque nos creíamos invulnerables con nuestros estoques y arcabuces, con los petos y coseletes y con el bergantín artillado dispuesto en la bahía. Pero habíamos sembrado vientos y llegaba la hora de cosechar tempestades.

Se prepararon durante la noche. Pintarrajearon sus rostros con cal, ceniza y otros afeites que fabricaban, enarbolaron sus armas rudimentarias y sus escudos de corteza, y nos enfrentaron en el poblado y en el barco. Los cándidos indígenas mudaron en feroces cimarrones y nuestras armas resultaron inútiles ante la horda que se nos encimó. Si uno de ellos caía, veinte lo reemplazaban. A golpes y bastonazos, con toscos arcos, hachuelas de piedra y cachiporras de madera nos atacaron hasta sacarnos del poblado y hacernos retroceder a la jungla. Y del mismo modo botaron decenas de canoas y se tomaron la nave, cogiendo a Krueger desprevenido. Desde entonces nos han perseguido sin darnos tregua ni de día de noche, en una huida larga y sangrienta, porque esta isla es grande, más de lo que pareciera. Nos han hostigado como se acorrala a los jabalíes en las monterías, batiendo la maleza, empujándonos hacia delante.

Fabricamos balsas para huir por las quebradas hacia el mar, pero nos esperaban en las angosturas. Nos descolgamos por el acantilado, pero aguardaban en la playa. Subimos al volcán, ateridos de frío, y ellos nos siguieron como perros de presa, pisándonos siempre los talones, acosándonos con flechas y venablos y diezmado nuestra hueste sin prisa pero sin pausa.

Los soberbios de ayer nos convertimos en una caterva desesperada y temerosa, Melchor, reducidos por las bajas, rotos por el sueño y el miedo, vencidos por el cansancio y el horror, huyendo sin saber adónde hasta que alcanzamos esta sierra afilada en el confín septentrional, este culo de saco donde, en un bastión entre las rocas, nos refugiamos los pocos sobrevivientes. Aquí nos hemos hecho fuertes nuevamente y ganado ánimos al ver el bergantín fondeado en la bahía, y hemos aguantado con la esperanza de poder alcanzarlo en un descuido suyo. Pero no lo han tenido.

¿Cuánto tiempo llevamos resistiendo en este agujero? Es difícil atinar el cálculo, que los días se confunden con sus noches mientras esperamos desvelados cada nuevo asalto.

Al principio nos atacaron con respeto, acribillándonos de lejos con sus venablos livianos, o acercándose un tanto para lanzar esas picas más pesadas que tienen puntas de laja. Pero después abandonaron las precauciones y ganaron en osadía, adoptando una estrategia tan cruel como temible: nos acometían por millares, a la descubierta, con la única protección de sus escudos de palo, intentando llegar hasta nosotros y capturarnos vivos sin importarles sacrificar diez de los suyos por conseguir un solo prisionero.

El primero en sufrir tal destino fue Martín Correa, a quien se llevaron arrastrado peñas abajo mientras aullaba y se retorció, sin que pudiéramos hacer nada más que disparar al bulto por ver de matarlo y ahorrarle el mal trago, pero no hubo fortuna y le tocó padecer un calvario espantoso y prolongado que los demás hemos seguido desde nuestro bastión. Estos salvajes son diestros en las artes e industrias de la tortura, amigo Melchor, y tristemente lo hemos comprobado, en especial las mujeres, que saben arrebatarse al

cuerpo espasmos de dolor cuando ya no le quedan ni vigor ni aliento. Nos hemos defendido de sus acometidas como animales rabiosos, a tiros, a sablazos y cuchilladas, e incluso con piedras y golpes cuando llegábamos al cuerpo a cuerpo; les hemos muerto o herido hasta un centenar en un solo asalto, pero apenas se notaban las bajas entre sus apiñadas filas. Después de Correa cayó Fedrigo, el calabrés, y lo siguieron otros varios en el turno. Sus alaridos han sido nuestros acompañantes inseparables en este refugio, como una macabra sinfonía de fondo que se me ha metido en la cabeza y ahí resuena hasta en los momentos de silencio. Y una vez muertos y sacrificados los prisioneros, nos largaban sus calaveras para mostrarnos en su descarnada vaciedad nuestro futuro.

Ese aterrador ritual fue el que le quebró el ánimo a Barroso, que de otra forma no me habría abandonado tan alevosamente. Entrambos hemos dirigido esta taifa, al menos en lo que se ha dejado dirigir, mostrándonos lealtad mutua. Siempre lo tuve por hombre arrojado y bizarro, pero no lo demostró pretendiendo alcanzar el bergantín en una acción desesperada. Y no se lo echo cara, Melchor, que en momentos como este todo está justificado. Bien sabes que no le tengo miedo a la muerte, que ya la he arriesgado demasiadas veces, y aún así se me encoge el ánimo y se me arruga corazón con la idea de sufrir tormento. Pero siquiera por un resto de decencia que le quedase, por el auxilio que nos habíamos prestado, no debió dejarnos de carnaza, desvalidos por completo y sin un adarme de pólvora. Si lo hubiéramos intentado entre todos y en un momento más propicio, tal vez, Melchor, y sólo digo tal vez, lo hubiéramos conseguido.

Barroso bajó con los suyos el promontorio por la cara norte, en el punto más cortado, para rodear el cabo y nadar hasta el bergantín. No tuvo suerte y perdieron el envite. Un afortunado murió en la escaramuza, pero a los tres restantes los aprehendieron vivos y los han estado torturando largamente, uno a uno, abajo en la explanada. Barroso ha sido el último, apenas esta tarde, mientras quemaban el barco. Hay que admitir que aguantó más que ninguno. Hasta aquí llegaban sus gritos y lamentos, claramente reconocibles. Los salvajes han sabido dosificar la energía de su robusta humanidad hasta la misma consumición final y extraer de él dolor suficiente para vengar sus atropellos y violencias.

Así que aquí quedamos tú y yo; o sólo yo, si no te importa, Melchor, que tu existencia apestosa de cadáver no sirve para este recuento; cierto que yo te seguiré en breve dondequiera que hayas ido, al infierno o a la nada, que son los únicos destinos posibles. Me abandonaste anteayer a cuenta de los dos venablos que te clavaron en las tripas cuando se llevaron a Bernal Ximénez, y no hubo modo de salvarte, ni he tenido después fuerzas para enterrarte y, aunque hiedes como una condena, al menos me has escuchado en silencio, como cumple a un soldado cabal, y te debo la lealtad que me has tenido, más firme que la de otros que parecían mejores que tú.

Hace muchas horas que no disparo y, aunque no han intentado acercarse, ya deben estar al tanto de que no tenemos pólvora. Tampoco me quedan víveres, que no pruebo bocado desde que matamos una especie de murciélago enorme y lo despachamos crudo. Sé con certeza que el jefe Vanuatu no se ha olvidado de mí. En cada ataque he oído su voz alentando a los guerreros y he visto brillar sus ojos con apasionado rencor. Sabe que soy el que resta y me reserva los honores del postre.

Pero no voy a esperar a que vengan a capturarme, no. Seré yo quien vaya a buscarlos y los sorprenda, ahora que han relajado la vigilancia y están borrachos y ahitos con el festín de la playa. Embadurnaré mi cuerpo enteco con sus mismas pinturas horribles y actuaré como el tigre que baja a cazar a la presa. Atacaré desde las sombras, bramando lo que los pulmones me permitan y blandiendo estos yerros inútiles, corriendo hacia ellos con el valor de la desesperación y buscando al jefe Vanuatu para darle la oportunidad de saldar en mi cuerpo la deuda de sangre; y así, en la agitación del combate, tal vez me

maten deprisa.

Ha llegado la hora de salir y dejarte a solas con tu silencio, que ya empieza a perfilarse el alba en el horizonte de levante.